

EL GOBIERNO DE LA IGLESIA EN LOS SIGLOS II Y III

INTRODUCCIÓN

No podemos pasar por alto un importante cuadro profético que se da en el capítulo siete de Daniel. Nos referimos al “Cuerno Pequeño” que apareció entre los diez cuernos en la cabeza de la cuarta bestia espantosa y terrible, la cual, como ya vimos en los estudios pasados, representa al Imperio Romano. Como decíamos, en esta cabeza había diez cuernos, estos cuernos representan a las naciones bárbaras que inicialmente dividieron al Imperio Romano de Occidente. Pero entre estos, después, apareció un “Cuerno Pequeño”.

Dice así el profeta: *Mientras yo contemplaba los cuernos, otro cuerno pequeño salió entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros. Este cuerno tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba con gran insolencia.* (Dn. 7.8)

El período histórico que es necesario analizar para explicar el significado de este símbolo profético es demasiado largo. Se extiende desde la Edad Media hasta nuestros días. Y la actividad del “Cuerno Pequeño” en todo este largo período de tiempo pudiéramos decir que es casi constante. Por eso no nos será posible de ninguna manera entrar en muchos detalles sobre personajes históricos y acontecimientos relacionados con el cumplimiento profético.

Los eventos y las personas mencionadas en el estudio son apenas algunos botones de muestra de los sucesos, ni siquiera podemos decir que son los más importantes. Sin embargo, nos podrán aportar los suficientes elementos de juicio, como para poder comprobar a la luz de breves retazos de la historia, el cumplimiento profético sobre el “Cuerno Pequeño”.

A quienes les interese conocer más de este apasionante y palpitante tema profético-histórico, le recomendamos un estudio más detallado, mediante el uso de la abundante documentación que pueden encontrar en el espacio cibernético, usando nombres, fechas, lugares, sucesos, etc., los cuales podrán encontrar en los breves datos que damos en estos estudios y que podrán incrementar por su propia cuenta.

REPASO

Repaso sobre las profecías de Daniel 2 y 7					
Sueño de Nabucodonosor		Las Cuatro Bestias		Cumplimiento Histórico	
<i>Símbolos</i>	<i>Dn. 2</i>	<i>Símbolos</i>	<i>Dn. 7</i>	<i>Naciones</i>	<i>Fechas</i>
Cabeza de oro	37,38	León con alas de águila	4	Babilonia	606-539 a.C.
Pecho y brazos de plata	39a	Oso con un costado más alto	5	Medo-Persia	539-331 a.C.
Vientre y muslos de bronce	39b	Leopardo con 4 alas y 4 cabezas	6	Grecia	331-168 a.C.
Piernas de hierro	40	Bestia espantosa y terrible	7	Roma	168 a.C. a 476 d.C.
Pies de hierro y de barro	41-43	Diez cuernos en la cuarta bestia	19,20a	Europa dividida	476 hasta hoy
Piedra que destruyó la estatua	44,45	Hijo de Hombre que viene en las nubes	9,10, 13,14	Segunda Venida de Cristo	¿...?
El Cuerno Pequeño			Dn. 7.8,11,20,21,24,25,26		

Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y vi la cuarta bestia, espantosa, terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos grandes dientes de hierro; devoraba y desmenuzaba, pisoteaba las sobras con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que había visto antes de ella; y tenía diez cuernos. (Dn. 7.7)

¿Qué significan estos diez cuernos en la cuarta bestia?

Dijo así: La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará. Los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes...

El Cuerno Pequeño derribó a tres de los diez cuernos, Dn. 7.8,20b: *Mientras yo contemplaba los cuernos, otro cuerno pequeño salió entre ellos, y delante de él fueron*

arrancados tres cuernos de los primeros. Este cuerno tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba con gran insolencia. [...] y parecía más grande que sus compañeros.

SIGNIFICADO

¿Qué significado profético tiene el Cuerno Pequeño? En la siguiente tabla puede verse un breve resumen:

Dn. 7.23	<i>La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará.</i>	Imperio Romano
Dn. 7.24a	<i>Los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes;</i>	Naciones bárbaras que surgen tras la caída de Roma
Dn. 7.24b,25	<i>... y tras ellos se levantará otro, el cual será diferente de los primeros, y derribará a tres reyes. Hablará palabras contra el Altísimo, a los santos del Altísimo quebrantará y pensará en cambiar los tiempos y la Ley; y serán entregados en sus manos hasta tiempo, tiempos y medio tiempo.</i>	Estados Pontificios o Estados Papales (756-1929) El Vaticano (1929 hasta la fecha)

ACLARACIÓN

Ante todo es imprescindible aclarar que cuando aplicamos el significado profético del Cuerno Pequeño al catolicismo, no nos estaremos refiriendo en ningún momento a la Iglesia Católica, entendida ésta como la multitud de personas creyentes de esa institución religiosa. Es necesario marcar una diferencia entre la iglesia y la jerarquía. Entendemos que las profecías sobre el Cuerno Pequeño se refieren a la jerarquía católica, no a la Iglesia Católica.

Como sabemos esta jerarquía se halla dispersa por el mundo en las personas de los cardenales, los presbíteros y los diáconos; pero su centro de poder siempre ha estado en Roma y sus máximos representantes han sido y son la Curia y el Papa.

Antes fueron los Estados Pontificios y ahora es El Vaticano. Cuando decimos que el Cuerno Pequeño es un reino religioso surgido de la bestia espantosa y terrible, nos referimos específicamente a los territorios ocupados por estos estados político-religiosos y a sus jerarcas, no a la Iglesia Católica.

¿CÓMO SE DIO EL CUMPLIMIENTO HISTÓRICO DE ESTA PARTE DE LA PROFECÍA?

Es un asunto un tanto complejo. Este cumplimiento profético tiene que ver directamente con la religión cristiana. Es necesario por lo tanto hacer un examen minucioso de la profecía a la luz de retazos de la historia de la iglesia, desde su fundación, la Edad Media y hasta el presente. Veremos cómo este símbolo del Cuerno Pequeño históricamente puede aplicarse al centro de poder de la Iglesia Católica, que como bien sabemos está representado ahora por El Vaticano.

Ante todo deben ser analizados tres detalles importantes en esta parte de la profecía en Daniel 7.24:

- 1) Tras ellos se levantará otro.
- 2) Será diferente de los primeros.
- 3) Derribará a tres reyes.

Estos tres detalles proféticos, para estudiarlos a la luz de la historia, pueden ser expresados de la siguiente manera:

- 1) Este reino pequeño se levantó después de los diez reinos anteriores y entre ellos.
- 2) Es un reino diferente de los otros reinos que formaron y forman parte de lo que fue el Imperio Romano de Occidente.
- 3) Para su toma de posesión son derribados tres de los reinos anteriores.

Dos temas de la historia de la iglesia cristiana deben ser examinados (aunque sea someramente) para comprobar el cumplimiento de estos tres detalles proféticos: El gobierno de la iglesia y las primeras herejías.

Comenzaremos con el primero de los detalles en la profecía: Este reino pequeño se levantó después de los diez reinos anteriores y entre ellos

EL GOBIERNO DE LA IGLESIA EN LOS TRES PRIMEROS SIGLOS

La iglesia cristiana no tuvo en los primeros siglos de su historia un gobierno centralizado en una jerarquía eclesiástica. Durante el primer siglo, que fue el de la era apostólica, no existía esta clase de gobierno eclesiástico. Se puede afirmar, basado en Los Hechos capítulo 15, que el Concilio de Jerusalén determinó sobre la discusión acerca de si los gentiles debían practicar la circuncisión y observar la Ley de Moisés; pero no puede deducirse de esto que por eso fuera el gobierno central de toda la iglesia, del cual emanaran las disposiciones para la observancia de todos los creyentes en el mundo. Sólo este caso de un debate y un precepto emitido se conoce del Concilio de Jerusalén. Ninguno más.

Aunque la iglesia no carecía de un Gobierno Central, pero este se encontraba en el control del Espíritu Santo. Sin embargo, insistimos en decir que aun este gobierno el Espíritu no lo ejercía a través de una determinada jerarquía eclesiástica organizada, que hablara en su nombre desde un lugar determinado. El Espíritu Santo hablaba y actuaba por sí mismo en las comunidades cristianas (iglesias), pero a través de todos los creyentes (particularmente de los profetas). Participaba con los creyentes para decidir sobre asuntos tan trascendentales como incluir a los gentiles en la iglesia ([Hch.10](#)), u ordenar misioneros para la predicación del evangelio ([Hch.13.1,2](#)), o para algo tan simple como determinar el recorrido de uno o más misioneros en su obra de evangelización ([Hch. 8. 29,39,40](#); [16.6-10](#)).

El cristiano puede gozarse leyendo en el Nuevo Testamento cómo el Espíritu de Dios se convirtió en el Grande y Absoluto Director y Maestro en la iglesia del primer siglo. Abundantes son las Escrituras que uno encuentra en el libro de Los Hechos y en las epístolas sobre esta dirección, control y autoridad del Espíritu Santo. Los hombres no eran más que simples instrumentos de Él y su autoridad no estaba basada en un título o en un cargo, sino en la capacitación del Espíritu Santo. Así lo defendía Pablo cuando su

ministerio apostólico fue puesto en duda: “...*en nada he sido menos que aquellos grandes apóstoles, aunque nada soy. Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, señales, prodigios y milagros.* (2 Co. 12.11,12).

En su trabajo para organizar a la iglesia, los apóstoles, principalmente Pablo, nombraron ancianos (obispos) y diáconos en las iglesias locales, dando sin duda su reconocimiento formal a aquellos que ya habían sido capacitados por el Espíritu Santo para realizar esta obra de servicio a Dios y a los creyentes ([Hch. 20.28](#). [1 Ti. 4.14](#)).

Uno se da cuenta al leer el Nuevo Testamento que los títulos de apóstol, profeta, maestro, obispo, diácono (y diaconisa) y otros más, en ningún caso se relacionaban con una pirámide de jerarquía eclesiástica. Representaban ministerios y dones de servicio, para ayudar en la edificación espiritual de la iglesia. Algunos de ellos, como es el caso de los dones del Espíritu Santo, para un ejercicio sobrenatural.

El desempeño de los ministros de la iglesia en el primer siglo, estaba en perfecta armonía con la orden del Señor: *Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos.* (Mt. 20.24-28).

Pero después que los apóstoles hubieron muerto y que sobrevino la generación de obispos sucesores de ellos, los cuales habían sido designados para llevar a cabo una obra necesaria, y no meramente para tener una posición oficial, comenzaron a arrogarse para sí mismos derechos exclusivos, como fue, entre otros, el de enseñar la Palabra de Dios y presidir la Santa Cena.

Así, en la segunda mitad del siglo II (150-200), ya existía en Asia Menor toda una jerarquía eclesiástica en cada iglesia local, con los tres cargos permanentes de: obispo, presbítero y diácono.

En este siglo se estableció lo que en la historia de la iglesia se conoce como el "episcopado monárquico". Fue el gobierno absoluto de un solo obispo en la ciudad

donde ejercía su ministerio. Hubo cientos (quizás miles) de obispos monárquicos en ese tiempo.

Al transcurrir los años, estos hombres fueron asumiendo más y más control y liderazgo sobre la iglesia y sus actividades, y los miembros ordinarios fueron reducidos a la mera posición de someterse a este control. Así, algo que al principio era una cosa más o menos informal y temporal se desarrolló a cargos fijos y permanentes. Entonces lo que llegó a ser la base de la autoridad, no fue la capacitación continuada por el Espíritu Santo en todos los creyentes, mediante la manifestación sobrenatural de los dones y los ministerios en las comunidades locales, tal como lo vemos en el Nuevo Testamento, sino la posesión o jerarquía de un cargo eclesiástico

Quizás podamos encontrar abundante documentación sobre este tan drástico y lamentable cambio en la literatura que hasta nosotros ha llegado de aquella época. Sin embargo, vamos a referirnos a unos pocos datos nada más. Uno de los más importantes son las cartas del obispo Ignacio de Antioquía.

IGNACIO DE ANTIOQUÍA

Ignacio vivió aproximadamente entre los años 50 al 117 y fue el obispo de la iglesia en Antioquía. Como podemos ver, nació y vivió sus primeros años en la época apostólica. Algunos creen que fue discípulo del apóstol Juan.

La ciudad de Antioquía, donde Ignacio fue obispo, pertenecía a la provincia romana de Siria y fue una ciudad muy importante para el cristianismo de los primeros siglos. Desde esta ciudad fue que Pablo emprendió todos sus viajes misioneros y también llegó a ser el centro del cristianismo gentil en el primer siglo. Aquí se llamó por primera vez “cristianos” a los seguidores de Cristo (Hch. 11.26). Ignacio ocupó por lo tanto un puesto muy importante.

Desde su posición Ignacio escribió cartas a las iglesias de Éfeso, Magnesia, Trales, Roma, Filadelfia, Esmirna y otras. Murió martirizado en Roma. Algunas de sus cartas las escribió durante su viaje en prisión desde Antioquía a la capital imperial. Veamos algunos fragmentos de estas cartas, donde Ignacio asume que el obispo (él es uno de ellos) está en el lugar de Cristo.

Fragmentos de cartas de Ignacio de Antioquía

Sean solícitos en hacer todas las cosas en la armonía de Dios, con el obispo presidiendo en lugar de Dios y el presbiterio en lugar del concilio de los apóstoles. Poned todo empeño en usar de una sola eucaristía, pues una es la carne de nuestro Señor Jesucristo, y uno solo el cáliz que nos une con su sangre, y uno el altar, como uno es el obispo juntamente con el colegio de ancianos y los diáconos, consiervos míos. De esta suerte, obrando así obraréis según Dios.

Seguid todos al obispo como Jesucristo al Padre, y al colegio de ancianos como a los apóstoles. En cuanto a los diáconos, reverenciadlos como al mandamiento de Dios. Que nadie sin el obispo haga nada de lo que atañe a la iglesia. Sólo aquella eucaristía ha de ser tenida por válida que se hace por el obispo o por quien tiene autorización de él. Dondequiera que aparece el obispo, allí acuda el pueblo, así como dondequiera que esté Cristo, allí está la iglesia universal.

No es lícito celebrar el bautismo o la eucaristía sin el obispo. Lo que él aprobare, eso es también lo agradable a Dios, a fin de que todo cuanto hagáis sea firme y válido...

El que honra al obispo, es honrado de Dios. El que hace algo a ocultas del obispo, rinde culto al diablo. Que todo, pues, redunde en gracia para vosotros...

Porque si la oración de uno o dos tiene tanta fuerza, mucha mayor será la del obispo con toda la iglesia.

El que no acude a la reunión común. Ese es ya un soberbio y se condena a sí mismo, pues está escrito: "Dios resiste a los soberbios". Pongamos, pues, empeño en no enfrentarnos con el obispo, de suerte que así estemos sometidos a Dios. Cuanto uno vea más callado a su obispo, más ha de respetarle. Porque a todo el que envía el padre de familia para gobernar su casa hemos de recibirle como al mismo que lo envía. Es, pues, evidente, que hemos de mirar al obispo como al mismo Señor.

Os exhorto a que pongáis empeño en hacerlo todo en la concordia de Dios, bajo la presidencia del obispo, que tiene el lugar de Dios, y de los presbíteros que tienen el lugar del colegio de los apóstoles, y de los diáconos, para mi dulcísimos, que tienen confiado el servicio de Jesucristo, quien estaba con el Padre desde antes de los siglos, y se manifestó al fin de los tiempos. Nada halla

en vosotros que pueda dividiros, sino formad todos una unidad con el obispo y con los que os presiden a imagen y siguiendo la enseñanza de la realidad incorruptible. Así como el Señor no hizo nada sin el Padre, siendo una cosa con Él —nada ni por sí mismo ni por los apóstoles— así tampoco vosotros hagáis nada sin el obispo y los presbíteros.

No intentéis presentar vuestras opiniones particulares como razonables, sino que haya una sola oración en común, una sola súplica, una sola mente, una esperanza en la caridad, en la alegría sin mancha, que es Jesucristo.

Si alguno se siente capaz de permanecer en castidad para honrar la carne del Señor, que lo haga sin engreimiento. Si se llena de soberbia está perdido, y si se estimare en más que el obispo, está corrompido. Respecto a los que se casan, esposas y esposos, conviene que celebren su enlace con conocimiento del obispo, a fin de que las bodas se hagan conforme al Señor y no por el solo deseo. Que todo se haga para honra de Dios.

Atended al obispo, a fin de que Dios os atienda a vosotros. Yo me ofrezco como rescate por quienes se someten al obispo, a los presbíteros y a los diáconos.

Esta supremacía de obispos, presbíteros y diáconos, Ignacio la recomendaba preocupado por mantener la unidad de la iglesia en las personas de los dirigentes, particularmente del obispo. Sin embargo, no por ello dejaba de violar lo establecido por Cristo, quien dijo que en su iglesia no podía ocurrir como entre las naciones, donde había gobernantes que se enseñoreaban de ellas.

Claramente se puede ver que Ignacio estaba más preocupado por buscar la fórmula humana para mantener a la iglesia unida, que por hacer caso a la enseñanza de Cristo. Si hubiera tenido más fe en Dios, habría dejado el problema de la unidad al Espíritu Santo, como quizás lo postulaban sus propios adversarios en Antioquía, los llamados “carismáticos”. El Espíritu Santo venía ocupándose de la unidad de la iglesia en la diversidad, desde mucho antes de que él fuera cristiano.

Tal autoridad dada a los obispos, presbíteros y diáconos, y la demanda de sujeción a ellos por parte de los fieles, calaron rápidamente en el EGO de estos dirigentes, y los llevó a convertirse en “jerarcas eclesiásticos”. Los obispos se convirtieron en monarcas absolutos allí donde gobernaban. Los presbíteros y los diáconos fueron sus acólitos. El sentido de “siervo” que tenían los ministros del Nuevo Testamento siguiendo la doctrina de Cristo, se trastocó por el sentido de “jefe”. Un poco más de tres siglos

después, arrastrados por esta marea de jefatura que apartaba a los ministros de la iglesia del servicio y los convertía en amos y señores, fue que surgió el Papa de Roma, engendro primario del Cuerno Pequeño.

Ignacio de Antioquía nunca comprendió y mucho menos se enteró del irreparable daño que había hecho a la iglesia de Cristo.

LAS TRIBULACIONES DE ORÍGENES

Otra evidencia que podemos encontrar se halla en un retazo de la historia de Orígenes. Este fue un eminente teólogo de la iglesia quien vivió entre los años 185 al 254. O sea, más de un siglo después de Ignacio de Antioquía. Las disputas entre los obispos de la época, por querer ejercer la autoridad sobre este teólogo, además de que le amargaron su existencia, también nos señalan el grado de autoritarismo al que habían llegado estos jerarcas religiosos.

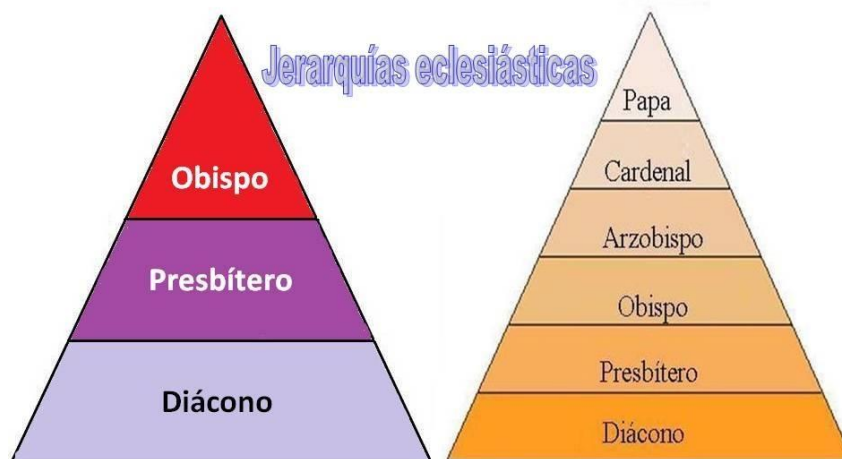
Dejemos que sea el autor del libro titulado “Historia del Pensamiento Cristiano”, Justo L. González, quien nos cuente en sus anotaciones históricas sobre Orígenes y sus tribulaciones por causa de la autoridad de los obispos de su época:

Historia del Pensamiento Cristiano, Justo L. González

Puesto que su labor ministerial no requería la ordenación, Orígenes continuó siendo laico durante buena parte de su vida. Cuando por fin fue ordenado, el rito tuvo lugar en circunstancias tales que habían de traerle nuevas dificultades. En un viaje a Palestina, alrededor del año 216, un grupo de obispos de esa región le pidió que expusiese la Palabra en sus iglesias. Orígenes accedió, creyendo que su deber era aceptar esta ocasión de explicar el mensaje de las Escrituras. Cuando su obispo, Demetrio de Alejandría, supo lo ocurrido, ordenó a Orígenes que regresase inmediatamente a Alejandría, pues un laico como él no podía predicar ante obispos. A esto Orígenes accedió, y el episodio quedó olvidado hasta que años después, camino de Antioquía, Orígenes regresó a Palestina. De nuevo los obispos de la región quisieron que les predicase, y esta vez, —a fin de evitar la irregularidad que Demetrio había planteado— ordenaron a Orígenes presbítero. Aunque el propósito sincero de esta medida parece haber sido satisfacer los escrúpulos de Demetrio, no cabe duda de que

era una medida imprudente. Tan pronto como Demetrio supo que Orígenes había sido ordenado por los obispos de Palestina, vio en ello un intento de evadir su autoridad. Llevado quizás también por la envidia —como sugiere Eusebio— [historiador cristiano 275-339] Demetrio declaró que Orígenes no podía ser ordenado por razón de haberse emasculado. Tras una larga controversia durante la cual Orígenes fue excomulgado y luego privado de sus órdenes por dos sínodos convocados por Demetrio, Orígenes decidió permanecer en Cesarea de Palestina. Cuando, tras la muerte de Demetrio, su sucesor Heraclas, que había sido discípulo de Orígenes, mantuvo la posición de Demetrio, el gran maestro alejandrino abandonó todo intento de regresar a su ciudad natal y se estableció en Cesarea, donde transcurrió el resto de su vida.

Este simple episodio nos da la idea de hasta qué punto los obispos se disputaban el poder y la autoridad en la iglesia de los siglos segundo y tercero, y cuan pocas opciones le quedaban a los laicos.



Una vez quedó establecida la distinción entre el clero y los laicos, vemos una multiplicación de los cargos y grados en los jefes de la iglesia y la introducción de otros que nunca fueron contemplados en la Escritura.

La verdad es que fue la necesidad la causa por la cual se establecieron estos diversos rangos de jerarquías; pero también es un hecho que estas innovaciones reprimieron la libre expresión de la vida espiritual y de la fe y negaron el principio fundamental del cristianismo. Los jefes eclesiásticos se constituyeron en los “representantes de Dios” y en nombre Suo tomaban decisiones en las cuales para poco o nada contaba el creyente simple. Aun cuando este creyente pudiera tener una vida espiritual activa en

una estrecha relación con el Espíritu Santo. Era el “jerarca eclesiástico” quien mediaba y decidía entre Dios y él.

Las manifestaciones de los dones sobrenaturales del Espíritu Santo que vemos en los Hechos y en las epístolas, revelándose a través de todos los creyentes, fueron anulados por la autoridad jerárquica de los obispos y la sabiduría secular de los teólogos.

El inevitable resultado de todo esto fue que el Espíritu Santo dejó de recibir el puesto que le correspondía de derecho en la iglesia, tal y como lo había previsto el Señor: [Juan 14.25,26](#); [16.12-15](#).

Con todo eso, el gobierno de la iglesia era netamente local y cada obispo dirigía a la congregación que estaba sujeta a él conforme a su parecer. En los siglos segundo y tercero no existió un gobierno centralizado, no hubo un obispo que fuera cabeza de los demás obispos. Es falsa la teoría de la jerarquía católica cuando afirma que el obispo de Roma, como sucesor de Pedro, era el jefe de todos los obispos.

LA ORDEN DEL SEÑOR QUE POR SER DESOBEDECIDA POR PARTE DE LOS CRISTIANOS TRAJÓ COMO RESULTADO LA APARICIÓN DEL CUERNO PEQUEÑO

Llegó a Capernaúm y, cuando estuvo en casa, les preguntó:

—¿Qué discutíais entre vosotros por el camino?

Pero ellos callaron, porque por el camino habían discutido entre sí sobre quién había de ser el mayor. Entonces él se sentó, llamó a los doce y les dijo:

—Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el servidor de todos.